

Petróleo y política en tiempos de pandemia (I)

Licda. Karen Arévalo
Investigadora

Lejos quedaron esos días en los que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) era vista por los líderes estadounidenses como una amenaza a la estabilidad energética y económica del gigante de América del Norte. Una fama por demás bien adquirida en la década de los años 70. La guerra del Yom Kipur fue el mejor ejemplo de como un grupo de “caudillos petroleros” pusieron en jaque el, hasta entonces, constante e “incondicional” suministro de oro negro al que era y sigue siendo partidaria la economía yanqui.

Desde aquellos estrepitosos momentos, mucho tiempo ha transcurrido. El siglo XXI ha propiciado un cambio en el paradigma geopolítico mundial y la irrupción de nuevos actores que amenazan la hegemonía del imperio estadounidense. Lo anterior, en conjunto con la devastadora crisis sanitaria, política y financiera que trae consigo la pandemia del COVID-19, han obligado al gobierno de Donald Trump a sanar heridas con viejos adversarios energéticos y participar en un histórico recorte en los niveles de producción de crudo, como el acordado, a principios de abril, en la Cumbre de la **OPEP y nuevos aliados**, -productores no miembros de esta Organización-, liderados por Rusia (Azerbaiyán, Bahrein, Brunei, Kazajistán, Malasia, México, Omán, Sudán y Sudán del Sur) que se sumaron a partir de 2016, y a los que se les reconoce como **OPEP+**.

Sin embargo, esta relación simbiótica (entre EE.UU. y la OPEP+) era impensable a principios de año. La gran mayoría de las estimaciones para el mercado de hidrocarburos auguraban un 2020 prometedor. En el

horizonte quedaba atrás la mayor caída en la historia moderna del precio del barril, ocurrida entre finales de 2014 y principios de 2016, que se caracterizó por una serie de factores determinantes como: a) una mayor eficiencia en los procesos de extracción del petróleo poco convencional - denominado “shale oil” en los EE.UU. (convirtiéndolo en el mayor productor a nivel mundial); b) la desaceleración de la economía China; c) una creciente participación de las energías renovables; y, d) el levantamiento de las sanciones económicas por parte de la administración Obama a Irán (noveno productor mundial de crudo) como parte de su Acuerdo Nuclear, todos estos factores trajeron como consecuencia una sobreoferta de crudo en el mercado.

Lo anterior generó un cambio de paradigma en los mercados petroleros; de ser un juego de vendedores, se convirtió en un juego de compradores. No obstante, un repunte en los precios del crudo comenzó desde 2016 con la llegada de Trump a la Casa Blanca.

Está por demás recordar que una de las primeras acciones del nuevo presidente fue retirarse del Acuerdo de París (enfocado en el cambio climático); posteriormente, impulsó una significativa reducción fiscal a los grandes contribuyentes norteamericanos, manteniendo la economía norteamericana, cuya demanda de recursos energéticos estaría solventada con el empoderamiento de la industria petrolera estadounidense, a través de las polémicas técnicas de extracción de gas y petróleo, y con gran impacto ambiental, denominadas “fracking” y de esta manera ejercer una política de seguridad energética de índole nacionalista. Lo anterior dio como resultado una pequeña luna de miel petrolera que duró hasta principios de marzo de 2020.